

tante ese chico? Tiene labia, tiene despejo natural...

ALFREDO. Es compañero de mi nueva casa de huéspedes. Y sí parece listo, sí.

DON SEGISMUNDO. Sí. Y ¿era cierto que deseabas hablarme?

ALFREDO. ¡Ojalá no lo fuera, don Segismundo!

DON SEGISMUNDO. Mirando alternativamente á los novios. ¿Eh?

ALFREDO. Porque lo que tengo que decirle es, cuando menos, bastante desagradable, y pudiera ser grave además.

ROSALÍA. ¿Grave?... ¿Y por qué me lo has callado, Alfredo? ¿Es que estorbo yo?

ALFREDO. No; al contrario: quédate.

DON SEGISMUNDO. ¿Grave, dices? Pocas cosas hay graves en este mundo.

ALFREDO. Pues ésta, en mi concepto, lo es.

DON SEGISMUNDO. Habla.

ALFREDO. Ustedes me conocen y saben que yo no tengo pelos en la lengua, ni puedo decir las cosas con rodeos.

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho!

ALFREDO. Pues bien: cuando anoche me fui de aquí, antes de recogerme, estuve dando vueltas por las calles tomando el fresco; y al pasar de nuevo por ésta, camino de mi casa ya, vi que del balcón del cuarto de Estrella se descolgaba un hombre.

DON SEGISMUNDO. ¿Qué dices?

ROSALÍA. Ah, vamos. A don Segismundo. No te alarmes; no es eso.

ALFREDO. ¿Cómo que no es eso? ¿Me vas á negar lo que yo vi?

ROSALÍA. Estoy enterada... Yo explicaré... Óyeme, papáito.

DON SEGISMUNDO. Deja, deja que acabe éste. ¿Has dicho que se descolgaba un hombre del cuarto de mi hija?

ALFREDO. Sí, señor.

DON SEGISMUNDO. ¿Y quién era ese hombre? ¿Tú lo reconociste?

ALFREDO. Pepín Castrolejo.

DON SEGISMUNDO. ¡Pepín Castrolejo! ¡Ah, traidorzuelo sinvergüenza! No lo creí tan osado.

ROSALÍA. Papá, pero yo explicaré...

DON SEGISMUNDO. ¡Eso no es un hombre, como tú has dicho! ¡Es el novio de ella, que es peor!

ROSALÍA. ¿Quieres oirme?

DON SEGISMUNDO. Un hombre, un desconocido, puede ser un ladrón que entró por una alhaja; pero un novio que escala el balcón de su novia, aunque nada se lleve, se lleva algo más que pueda llevarse una partida de ladrones.

ROSALÍA. Papá, papá, no hagamos una escena de novela, que bastantes hay con las que tú traduces. Yo lo sé todo: ¿no me ves tranquila?

DON SEGISMUNDO. Por lo que hace á Estrella lo estoy yo también, porque en ella tengo confianza; pero... En fin, dime tú: ¿qué diablos pasó?

ROSALÍA. Estrella misma me lo ha contado. Pasó que ese monigotillo, que le está buscando tres pies al gato desde el principio de las relaciones, le dijo anoche entre burlas y veras, cuando



ella salió al balcón á despedirlo como de costumbre, que iba á subir á darle un beso... ó qué sé yo qué. Tonterías.

DON SEGISMUNDO. Sigue, que no son tonterías.

ALFREDO. ¡Tonterías, don Segis!

DON SEGISMUNDO. Sigue.

ROSALÍA. Que no lo harás, que sí lo haré; que no te atreves; que subo, que no subes... Total: que con unas y con otras trepó como un gato por la reja de la taberna y ganó el balcón. Entonces Estrella se puso por las nubes, cerró los cristales, cerró las maderas y lo dejó allí como un tiesto. Esta es la historia.

ALFREDO. Que no desmiente en un ápice lo que yo he contado.

ROSALÍA. Pero que necesitaba explicarse, como comprenderás.

DON SEGISMUNDO. ¡Bien! ¡Muy bien! ¡Perfectamente bien! ¡Con cuantísima razón recelaba tu madre de ese monicaco! Mal corresponde á nuestro noble afecto. Vivir para ver. *Silencio.* Repito que por mi hija estaba yo tranquilo, porque la conozco. Pero ¡ay! que la gente no la conoce como yo. Calumnia, que algo queda...

ALFREDO. ¡He ahí el gran peligro!

DON SEGISMUNDO. *Voilà!*

ROSALÍA. La calumnia... Es cierto.

DON SEGISMUNDO. Del mismo modo que éste ha visto bajar del balcón al señorito ese, han podido verlo otras personas que ignoran cuándo y á qué subió. Éste es el caso—no hay que darle más vueltas,— y sabido es cómo estos casos se resuel-

ven entre personas que guardan su buen nombre.

ALFREDO. ¡Sí, señor; dice usted muy bien!

ROSALÍA. ¿Un duelo?

DON SEGISMUNDO. ¡Quíá!

ALFREDO. ¡Mi primer impulso fué saltar sobre él, cogerlo por el cuello y ahogarlo!

DON SEGISMUNDO. ¡Nunca! ¡Hubieras hecho un gran desatino!

ROSALÍA. ¡Como que así no se remedia nada, señor!

DON SEGISMUNDO. ¡Nada absolutamente! Aquí la solución es clarísima; de una transparencia de cristal; y por buenas ó por malas á ella hemos de ir. Yo espero que será por buenas.

ALFREDO. ¡Ó por malas! No se puede jugar impunemente con la reputación de una señorita. Y si en último término fuera preciso romperle la cabeza á ese pollo...

ROSALÍA. ¡Y dale!

DON SEGISMUNDO. ¡Todo menos eso, hombre de Dios! ¡Déjale la cabeza quieta! Y ahora, ya que eres tan bueno, una súplica.

ALFREDO. Usted me manda.

DON SEGISMUNDO. Esta noche no sale de aquí ese mocito sin hablar conmigo seriamente. Yo quiero que se halle presente en la entrevista el tío Cayetano.

ROSALÍA. ¿El tío Cayetano?

DON SEGISMUNDO. Sí. Toma un coche y llégate al Casino por él. Me basta y me sobra mi autoridad de padre, pero no me estorba la de un hombre de la representación de Cayetano.



ALFREDO. Ni una palabra más. Aquí estoy con él antes de diez minutos. ¿Tú quieres algo, Rosalía?

ROSALÍA. Nada: que vuelvas.

ALFREDO. Hasta ahora. ¿Supongo que no te quejarás de mí?

ROSALÍA. ¡Quejarme! Me tienes encantada...

*Vase Alfredo precipitadamente por la puerta del foro.*

DON SEGISMUNDO. Este chico vale un imperio. ¡Cómo colabora en nuestros afanes! ¿Verdad, Rosalía?

ROSALÍA. Es un bendito. Mirando hacia dentro desde la puerta. Ahí tenemos de vuelta á mamá. Al salir Alfredo ha entrado ella.

DON SEGISMUNDO. ¡Ah, mamá! Pues, oye: luego tú, de la manera más discreta, á solas las dos, entérala de todas estas amargas novedades. Ahora, disimulemos.

*Sale DOÑA ELVIRA por la puerta del foro un poco fatigada.*

DOÑA ELVIRA. ¡Ay! Ya estoy aquí: creí que no llegaba. Se ha levantado un vendaval horrible.

DON SEGISMUNDO. ¿Cómo sigue ese pobre muchacho?

ROSALÍA. ¿Cómo está Marín?

DOÑA ELVIRA. Mejor: está mejor, á Dios gracias. Treinta y ocho y décimas ha tenido esta tarde. Á Rosalía, besándola. Dame un beso, cielo. Á don Segís, besándolo también. Ven acá tú, descastadote.

DON SEGISMUNDO. ¡Ja, ja!

ROSALÍA. De manera que está mejor, ¿eh? ¡Lo que se va á alegrar Marucha! *Llamando desde la puerta del foro.* ¡Niñas! ¡Niñas! ¡Ya ha venido mamá!

DOÑA ELVIRA. *Con júbilo.* Á propósito de Marucha, tengo que contaros...

ROSALÍA. ¿Qué?

DOÑA ELVIRA. Que es indudable: Marín está impresionadísimo.

DON SEGISMUNDO. ¿Sí?

DOÑA ELVIRA. ¡En el delirio de la fiebre la nombra con frecuencia!...

*Sale MARUCHA por la puerta de la izquierda. Sus hermanas salen luego también por la misma puerta.*

MARUCHA. ¿Cómo está Marín?

DOÑA ELVIRA. Está mejor, corazón mío.

MARUCHA. ¿Está mejor?

DON SEGISMUNDO. Sí, está mejor: treinta y siete...

DOÑA ELVIRA. Treinta y ocho y décimas. No te apures tú, palomita. *La besa.*

MARUCHA. ¡El pobre!... Si no fuera por ti, que eres tan buena, se hubiera muerto como un perro.

ROSALÍA. No tanto, mujer...

DOÑA ELVIRA. En los momentos en que se limpia más de fiebre, se deshace conmigo en palabras de gratitud.

MARUCHA. ¡Mira qué bueno!

DOÑA ELVIRA. Y por Dios me pide que no se les avise á sus padres, como no se agravara demasiado.

MARUCHA. ¡Pobrecito! ¡Qué bueno! ¡qué bueno! Papá, si yo caigo mala algún día, muy mala, muy mala, y tú estás fuera, como no me vaya á morir no te aviso.

BIBLIOTECA

ALF



DON SEGISMUNDO. ¡Me parece muy acertado!  
¡Ja, ja!

DOÑA ELVIRA. Besando otra vez á Marucha. ¡Pero qué rica eres!

ROSALÍA. Y qué previsora además.

MARUCHA. Y tú qué mala: siempre me estás pinchando.

*Sale ESTRELLA.*

ESTRELLA. Hola, mamá. ¿Cómo has pasado el día?

DOÑA ELVIRA. Bien. Acordándome mucho de vosotras. *La besa.*

ESTRELLA. ¿Y cómo está Marín?

MARUCHA. Está mejor; está mejor, ¿sabes?

ROSALÍA. Treinta y ocho y décimas.

ESTRELLA. Vaya, me alegro. Que sea enhorabuena, Marucha.

MARUCHA. ¡Ay, qué tonta! Mamá, mira lo que me dice ésta.

ESTRELLA. Por supuesto, yo voy á reventar de risa. Viene Pepín esta noche desatado. ¡Qué de tonterías nos ha dicho! Y yo me temo, me temo cuando viene así desatado.

*Sale AMALIA.*

AMALIA. Buenas noches, mamáta. ¿Cómo está Marín?

DOÑA ELVIRA. Está mejor. *La besa.*

MARUCHA. Está mucho mejor. Treinta y ocho y décimas nada más.

DON SEGISMUNDO. Está mejor.

ROSALÍA. Está mejor.

ESTRELLA. Está mejor.

MARUCHA. *A Fifi, que sale.* ¿Sabes, Fifi? Marín está mejor.

FIFI. ¿Está mejor?

DOÑA ELVIRA. Sí; está mejor. *La besa.* ¡Reina del mundo!

ROSALÍA. Está mejor. Treinta y ocho y décimas.

DON SEGISMUNDO. Está mejor.

AMALÍA. Está mejor.

ESTRELLA. Está mejor.

DOÑA ELVIRA. Por cierto—¿me oyes, Segis?—que hay que llevarle el caldo de aquí. Por humanidad. Hoy subió la camarera un caldo que era veneno.

MARUCHA. ¡Ay, qué mala! ¡Que metan á esa mujer en la cárcel!

ROSALÍA. ¡Jesús!

DOÑA ELVIRA. Mañana—¿sabes, Mundo?—aunque sea haciendo un sacrificio, mataremos un pollo.

DON SEGISMUNDO. *Humorísticamente.* ¡Baja la voz!

DOÑA ELVIRA. ¿Por qué?

DON SEGISMUNDO. ¡Porque en el comedor hay un pollo nuevo, y pudiera asustarse!

*Grandes risas.*

MARUCHA. ¡Ay, qué gracioso es mi papá!

*Lo besa.*

DOÑA ELVIRA. ¿Qué me decís? ¿Hay un pollo nuevo en el comedor?

ROSALÍA. Alfredo lo ha traído.

DON SEGISMUNDO. Muy simpatiquillo por cierto.

AMALIA. Y muy galante.



ESTRELLA. Y se ha enamorado de Fifi.

FIFI. No, no, no, no.

DOÑA ELVIRA. ¿Esas tenemos?

FIFI. No, no, no, no.

DOÑA ELVIRA. Besándola. Pero, simple, ¿qué mal hay en ello? Anda, vamos allá: que yo lo conozca.

ESTRELLA. Sí, sí; vámonos para allá.

AMALIA. Vámonos, vámonos.

ROSALÍA. Es autor cómico: ha estrenado las *Castañas pilongas*.

ESTRELLA. ¡Y también dice *colmos*, como Pepín! Pero sin tanta gracia.

MARUCHA. ¡Pues uno ha dicho muy salado!

AMALIA. Y á Fifi le ha echado muchas flores.

FIFI. No, no, no, no.

DOÑA ELVIRA. Vaya, vaya, veo que ha caído bien, ha caído bien el recién llegado.

Hablándole á la madre todas á la vez se van por la puerta del foro, hacia la izquierda.

DON SEGISMUNDO. Ya iré yo ahora, ¿eh? No os curéis de mí, que he de corregir un poco unas cuartillas. Cuando se queda solo, exclama: La soledad es madre de la inspiración. Pasea. Luego se asoma vigilante á una puerta y á otra y las cierra. Se sienta á la mesa y busca entre los papeles un plieguecillo blanco para una carta. Después de desechar dos ó tres distintos, elige uno pequeño. Toma la pluma para escribir y se detiene. La deja y toma un lapicero. Va á escribir naturalmente con la mano derecha, y de pronto se detiene otra vez. Coge el lápiz con la izquierda y traza unos renglones. Lee lo que ha escrito y arruga el pliego como llevado de la cólera. Por fin lo dobla y se lo guarda. Se levanta y vuelve á pasear. Y como expresión y resumen de cuanto ha pensado y ha hecho, dice:

*Al rey la hacienda y la vida  
se ha de dar, pero el honor  
es patrimonio del alma,  
y el alma sólo es de Dios.*

Aparece por la puerta del foro el Tío CAYETANO. ALFREDO lo sigue.

Tío CAYETANO. ¡Chico, qué nohecita de aire!

DON SEGISMUNDO. ¡Cayetano!

Tío CAYETANO. ¡Cómo sopla Febo!

ALFREDO. ¡Hay que echarse piedras en los bolsillos!

DON SEGISMUNDO. ¡Y yo que te he hecho venir en tal noche! ¿Por qué eres tan bueno, Cayetano?

Tío CAYETANO. ¿Quieres callarte, Segismundo? Si yo no te sirvo para ocasiones como la presente, ¿para qué he de servirte yo? Cuando yo vi entrar á éste, y éste me dijo á lo que iba, estaba yo tomando mi taza de café, mi copa de coñac y mi vaso de agua, y allí se quedó todo.

DON SEGISMUNDO. ¡Válgame el Señor! ¡Qué trastorno! ¿Quieres tomar aquí alguna cosa?

Tío CAYETANO. No; si el café y el coñac ya me los habia yo bebido. Quiero decir que ni le pagué al camarero ni me ocupé de nada más que de servirte.

DON SEGISMUNDO. Que Dios te lo premie. Alfredo te habrá dicho...

ALFREDO. Sí; ya sabe de lo que se trata.

Tío CAYETANO. Sí; ya sé yo de lo que se trata. ¿Y qué piensas hacer, si has pensado algo?

DON SEGISMUNDO. Te diré: no he pensado más que una cosa: llamar aquí á ese joven—y de ahí